

EL PENSAMIENTO SOCIAL DE GEORGES SOREL

«Que mis queridos camaradas Paul y Léona Delesalle acepten el homenaje de este libro escrito por un viejo que se obstina en permanecer, como había hecho Proudhon, un servidor desinteresado del proletariado», escribe Sorel en 1919, tres años antes de su muerte, en cabeza de su libro *Matériaux d'une théorie du prolétariaux*.

Reconociendo el carácter pluralista que preside todo el pensamiento soreliano, carácter a tener siempre en cuenta si quiere comprenderse su profundo sentido (1), es evidente que Sorel ha permanecido fiel a una dirección general del espíritu, al ideal que había soñado y vislumbrado en 1905 observando el movimiento sindical francés y que había creído ver revivir en los primeros años de la revolución rusa.

Hasta 1892, fecha en que Sorel —ingeniero normando de origen burgués— deja el servicio de Ponts-et Chaussées, se ejercita solitariamente en el arte de revisar totalmente su saber intelectual. «Durante veinte años he trabajado por librarme de lo que había retenido de mi educación; he paseado mi curiosidad a través de los libros, menos para aprender que para limpiar mi memoria de las ideas que le habían sido impuestas» (2) del espíritu político, ilusionista y tecnocrático, cuyo positivismo y saint-simonismo eran la expresión, odiosa a sus ojos. Simultáneamente, se inicia en la tarea de formarse personalmente, no encontrando quien le enseñe lo que ansiaba saber; «me ha sido preciso ser mi propio maestro» (3), comenta en la interesante carta a Daniel Halévy, escrita en 1907 e incorporada desde entonces como introducción a las *Reflexiones*.

Es a partir de 1892, y en el curso de los años que ocupan esta década, cuando Sorel, liberado de su función de ingeniero, comienza a tomar parte activa en los movimientos de la sociedad francesa. Bajo los influjos de Proudhon

(1) «Pluralismo ontológico, metodológico, ético, sentimiento de la pluralidad y voluntad de preservar esta pluralidad.» G. GORBELY: *Le pluralisme dramatique de Georges Sorel*, París, Rivière, 1962, pág. 217.

(2) G. SOREL: *Reflexions sur la violence* (1906), París, Rivière, 1950, pág. 8.

(3) Op. cit., pág. 7.

en el orden moral, del Renan historiador, y de Marx en orden a una nueva comprensión del orden social y adaptado a su propia visión del mundo, contempla la irrupción de una fuerza nueva: las organizaciones obreras. ¿Cómo llegó al sindicalismo? «No he llegado al sindicalismo por las vías jacobinas; no me parece que haya tenido nunca gran veneración por los hombres de la Revolución francesa» (4), afirmará en 1910, reflejando su aversión al orden existente. Pero Sorel, que no se incluye entre los que se imaginan que las transformaciones del mundo deben ser aplicaciones de teorías fabricadas por filósofos y que estima como el gran mérito de su siglo el haber «enterrado las utopías del Estado científico» y haber «esbozado prácticamente nuevas instituciones que darán nacimiento a una ética capaz de iluminar el movimiento social» (5), se entrega a la tarea de construir la ideología de que tiene necesidad el movimiento proletario. «Una revolución —escribe— sólo produce cambios profundos, durables y gloriosos si es acompañada de una ideología cuyo valor filosófico sea proporcionado a la importancia material de las transformaciones realizadas. Esta ideología proporciona a los actores del drama la confianza que les es necesaria para vencer; levanta una barrera contra las tentativas de reacción que juristas e historiadores, preocupados de restaurar las tradiciones rotas, preconizarán; por último, servirá más tarde para justificar la revolución, que aparecerá, gracias a ella, con una victoria de la razón realizada en la historia» (6).

Ahora bien, «el hombre no conoce más que lo que él hace», de ahí que toda construcción ideológica deba descansar en las condiciones de la vida social. He aquí una de las tesis fundamentales del pensamiento soreliano, basada en la oposición entre la «naturaleza natural indeterminada» y la «naturaleza artificial» y a cuya clarificación contribuyó profundamente su conocimiento del pensamiento de Vico (7).

No desemboca, por ello, en el optimismo de la época, en el razonamiento

(4) G. SOREL: *Mes raisons du syndicalisme*, ensayo aparecido en el *Devenir sociale de Roma* (marzo-mayo 1910) y recogido en el volumen *Matériaux d'une théorie du prolétariat*, París, Rivière, 1919, pág. 248.

(5) G. SOREL: *La Science et la Morale*, conferencia celebrada en el Collège Libre des Sciences Sociales y recogida en el volumen colectivo *Questions de Morales*, París, Alcan, 1900, págs. 25.

(6) *Mes raisons...* cit., págs. 249-250.

(7) Vid. su artículo *Etudes sur Vico*, aparecido en los números de septiembre, octubre y noviembre de 1896, en *Le Devenir Social*. Como expresa G. GORIÉLY (op. cit., pág. 104) «es a la luz del pensamiento de Vico como es preciso interpretar ciertos temas fundamentales de la obra de Sorel: su historicismo, su antinaturalismo, su pragmatismo, su pretendido irracionalismo; es a través de aquél como es preciso comprender su anticartesiano que resume esta frase: *El hombre no puede devenir un ser puramente intelectual* (*Etudes sur Vico*, pág. 1051)».

de que «los inmensos éxitos obtenidos por la civilización material han hecho creer que la felicidad se producirá sola» (8), en la *illusions du progrès*. Muy al contrario, ha sentido profundamente los primeros derrumbamientos de la civilización burguesa y, al igual que Renan, su preocupación por la crisis del mundo moderno se la planteó, ante todo, en términos morales. Recogiendo la interrogación renaniana: «Las personas religiosas viven de una sombra. Nosotros vivimos de la sombra de una sombra. ¿De qué se vivirá tras de nosotros?» Sorel escribe: «He ahí el gran problema que Renan ha planteado y que la burguesía no resolverá. Si se podía tener algunas dudas sobre este punto, las necedades que relatan los moralistas oficiales demostrarían que la decadencia es fatal en lo sucesivo; no son consideraciones sobre la Armonía del Universo (incluso personificando el Universo), las que podrán dar a los hombres este coraje que Renan comparaba al que posee el soldado lanzado al asalto. Lo sublime ha muerto en la burguesía y ésta está, pues, condenada a no tener moral» (9).

Esta visión pesimista, que se manifiesta en Sorel desde sus primeros escritos, es algo muy distinto a las caricaturas que sobre ella se presentan frecuentemente. «Es una metafísica de las costumbres más que una teoría del mundo; es una concepción acerca de una *marche vers la délivrance* estrechamente ligada: de una parte, el conocimiento experimental que hemos adquirido de los obstáculos que se oponen a la satisfacción de nuestras imaginaciones (o, si se quiere, ligada al sentimiento de un determinismo social); de otra, a la convicción profunda de nuestra debilidad natural» (10). Son estas ideas las que hacen que Sorel considere las condiciones sociales como formando un sistema encadenado por una ley de bronce, cuya necesidad es preciso sufrir. Pero «lo que hay de más profundo en el pesimismo es la manera de concebir la *marche vers la délivrance*. El hombre no iría lejos en el examen, ya de las leyes de su miseria, ya de la fatalidad... si no tuviera la esperanza de triunfar sobre estas tiranías por un esfuerzo a intentar con todo un grupo de compañeros» (11). Esta metafísica de las costumbres adquiere, pues, sentido pleno en el modo con que se manifiesta en grupos sociales importantes.

En Sorel, esta cuestión de las costumbres es de la mayor importancia en orden a las reformas sociales. Recordando un artículo que publicara en la *Rivista italiana di sociologia*, en 1899, expresa en *Les illusions du progrès* su deseo de que «el socialismo se transforme en una filosofía de las costumbres»,

(8) *Reflexions...*, cit., pág. 14.

(9) Op. cit., págs. 353-354.

(10) Op. cit., pág. 17.

(11) Op. cit., págs. 18-19.

y, en el mismo párrafo, indica, a renglón seguido, cómo algunos años más tarde logró esbozar una solución del problema que había planteado: «Las *Réflexions sur la violence* son una filosofía moral fundada sobre la observación de los hechos que se producían en el sindicalismo revolucionario» (12). He aquí la gran preocupación de toda su vida; la génesis histórica de la moral. Y toda su obra es, ante todo, una filosofía del hombre destinada a su perfeccionamiento moral.

Sin duda, para Sorel es inexacto decir que la cuestión social es una cuestión moral; pero no deja de reconocer que las transformaciones económicas no pueden realizarse si los trabajadores no han adquirido un grado superior de cultura moral. No se trata de saber cuál es la mejor moral, sino solamente determinar si existe *un mecanismo capaz de garantizar el desarrollo de la moral* (13). En 1898, piensa que los Sindicatos podrían ser poderosos mecanismos de moralización, llamando la atención sobre el gran papel que podían llegar a jugar en el mundo moderno.

Dos obras reflejan, fundamentalmente, el pensamiento de Sorel en materia social: *Avenirs socialiste des syndicats* y *Réflexions sur la violence*. Especialmente, la primera es característica de sus preocupaciones concretas en este tema. Publicada en 1898 en la revista *Humanité nouvelle*, Sorel, basándose en ciertas reflexiones de Durkheim sobre la utilidad moral de las corporaciones y en la encuesta de Paul de Rousiers sobre el tradeunionismo en Inglaterra, examina la organización sindical —la influencia del movimiento sindical en Francia aún es débil— captando lo que llegará a ser el principio fundamental del sindicalismo revolucionario y anticipando algunas de las conclusiones esenciales de las *Reflexions*. Su tesis se encierra en la conclusión final del estudio: «Todo el porvenir del socialismo reside en el desarrollo autónomo de los Sindicatos obreros» (14).

Las *Réflexions sur la violence*, serie de artículos aparecidos en *Le Mouvement socialiste*, en 1906, y recogidos en volumen en 1908, no son el manifiesto de la «nouvelle école», aunque se presenten como una apología del sindicalismo revolucionario. «No soy ni profesor, ni vulgarizador, ni aspirante a jefe de partido; soy un autodidacta que presenta a algunas personas los cuadernos que han servido para su propia instrucción» (15), cuadernos

(12) G. SOREL: *Les illusions du progrès* (1908), París, Rivière, 1947, pág. 335.

(13) G. SOREL: *Avenir socialistes des syndicats*, 1898, recogido en *Materiaux...*, op. cit., pág. 127.

(14) *Avenir...*, op. cit., pág. 133.

(15) *Reflexions...*, cit., pág. 7. Recordando lo que BERGSON ha escrito sobre lo impersonal, lo socializado, lo *tout fait* en relación a su modo de trabajar, que le condena a no tener jamás acceso al gran público, dice: «Estoy condenado... a no ser jamás un hombre de escuela» (pág. 10).

sobre los que ha escrito sus reflexiones a medida que se presentaban a su espíritu inspiradas en «observaciones muy simples, relativas a hechos muy evidentes, que juegan un papel cada vez más destacado en la historia de las clases contemporáneas» (16). Se refiere a los principios de base del movimiento sindicalista: lucha de clases y huelga general. Y, sin embargo, como observa Goriely, es toda una filosofía de la vida, de la historia, de la libertad, lo que Sorel desgaja, a propósito, de estos temas (17).

Ambas obras sirven de base, fundamentalmente, a las ideas que a continuación se exponen.

* * *

Toda la filosofía de Sorel es una filosofía de la vida, de la acción, de la lucha. Desde sus primeras obras, tanto en *Le Procés de Socrate* (1889) como en *L'ancienne et la nouvelle métaphysique* (1894), adopta una posición racionalista, alejada tanto del racionalismo abstracto como del irracionalismo, lo que no significa que en ella no tenga cabida lo irracional (18). Situándose en la tradición aristotélica, declara que los problemas deben ser recogidos donde ésta los ha dejado y formula claramente su tesis realista: «Considero el conocimiento a la manera griega: estimo que la realidad penetra en nosotros del exterior y allí se imprime (19)... Las relaciones externas crean el cuadro actual y la ley presente del espíritu» (20). El descubrimiento de Bergson en la última de las obras citadas, le lleva a alabarle por haber sentido la influencia del medio artificial, por haber descubierto la tendencia en virtud de la cual el hombre se figura claramente la exterioridad de las cosas y la homogeneidad de su medio, tendencia que le aboca a vivir en común.

La influencia de Bergson, unida a las casi contemporáneas de Marx y Vico, conducen a Sorel a plantearse el conocimiento del hombre partiendo de la definición dejada por Aristóteles. Este «ha definido al hombre como un animal razonable y social. Hoy podemos ir más lejos que el Estagirita, porque la palabra *trabajador* comprende para los modernos las dos expresiones de ser vivo y ser razonable; decimos, pues, que el hombre es *un trabajador social*» (21). Es necesario, pues, de un lado, considerar al hombre todo entero, como tra-

(16) Op. cit., pág. 59.

(17) G. GORIELY: *Le pluralisme...*, cit., pág. 199.

(18) Op. cit., pág. 39.

(19) G. SOREL: *L'ancienne et la nouvelle métaphysique* (1894) (publicada en volumen bajo el título *D'Aristote à Marx*), París, Rivière, 1935, pág. 190.

(20) Op. cit., pág. 201.

(21) Op. cit., pág. 253.

bajador, y no separarlo nunca de los aparejos con los que gana su vida (22). Para Sorel, jamás el hombre es puro espíritu, ni incluso en su actividad más espiritual, y se halla moralmente en peligro si se toma por tal.

De otro lado, «¿dónde está el hombre, pues, sino en sociedad?» (23). Si se le considera en el estado individual es por una abstracción científica; «el hombre abstracto, el individuo sin familia y sin sociedad, no será pronto más que un recuerdo» (24). Es preciso, pues, «reconocer como base de todos nuestros razonamientos un carácter social en los actos humanos» (25). Este valor prestado al carácter social de las acciones humanas, a los cuadros institucionales en los que han surgido o que ellas contribuyen a instaurar, expresa la noción de concepción sociológica en Sorel, que no posee un carácter exclusivo, pues el problema de la conciencia individual, de la tensión creadora, de la libertad, en definitiva, se halla siempre presente.

Este considerar al hombre todo entero, como trabajador, que excluye toda disociación entre actividad material y espiritual, toda independencia de la experiencia, del esfuerzo de la manipulación material, rechaza cualquier sistema social que oponga consumo y producción, pensamiento y acción, amos y esclavos. Es por lo que Sorel otorga un valor eminente al trabajo, tratando de extraer del mismo, ante todo, su significación ética (26), influido por la concepción que del mismo tiene Proudhon: «El trabajo es la emisión del espíritu» (27). El carácter existencial de este pensamiento y por el que se trata de situar al hombre en la Historia y en la sociedad y a éstas en el hombre, que hace del hombre un trabajador social cuya vida es un armonioso equilibrio de acción y de pensamiento, marca la sustitución, por la clase productora, de las clases aristocráticas extrañas al mundo de la producción, desvaneciéndose el dualismo secular de la teoría y de la práctica, de la inteligencia y del cuerpo, del espíritu y de la carne.

Ahora bien, ¿en qué términos se plantea Sorel la relación del hombre con el cuadro material que le circunda, con el modo de producción de la vida material según la terminología marxista? Adoptando una actitud claramente revisionista ante el marxismo, influido muy especialmente por la obra de Saverio Merlino *Pro e contro il Socialismo* y de la que hizo un amplio

(22) Op. cit., pág. 96.

(23) Op. cit., pág. 251.

(24) Op. cit., pág. 253.

(25) Op. cit., pág. 258.

(26) «En las clases sociales que no trabajan, en las que, de un modo notable, viven del Poder al modo ateniense, la desmoralización es extrema.» *Procés de Socrate*, Paris, Alcan, 1889, pág. 87.

(27) G. SOREL: *Essai sur la philosophie de Proudhon*, en *Revue philosophique*, XXXIII y XXXIV, 1892, pág. 626.

análisis en la revista *Devenir Social* en octubre de 1897, Sorel no ve en el conjunto de las relaciones de producción que constituyen la infraestructura un determinante. Ello no disminuye en absoluto la importancia que otorga a la producción, a la técnica industrial, al gravitar de la vida social alrededor de la fabricación, de la invención y de la utilización de instrumentos artificiales. «En un primer sentido, puede decirse que las maneras de vivir y de actuar de los obreros se enlazan con su oficio; pero no se trata sólo de conocer el utillaje del que se sirven los trabajadores: el oficio es, en alguna forma, una técnica viviente, que hace del hombre un elemento del mecanismo de la producción. El hombre no es un instrumento pasivo, cuyo movimiento venga dado por una definición geométrica» (28).

No cabe, pues, determinismo alguno. No existe factor exterior determinante, pues «afirmar que [la naturaleza humana] es modelada, determinada, sin poder dar la regla de este modelamiento, de esta determinación, he ahí lo que no es del todo científico» (29) y, respondiendo a Kautsky, Sorel añade: «Es un poco extraño afirmar que hay un determinismo cuando no se sabe dar, al mismo tiempo, la regla de este determinismo» (30). Tampoco existe un orden único y constante, pues éste «sólo se introduce, muy difícilmente, como consecuencia de una larga civilización; está siempre amenazado por lo arbitrario» (31) y, criticando a los marxistas por su olvido singular, alude a uno de los fenómenos —ya en su época— más característicos de nuestra sociedad dinámica: el reto de la técnica. Dice Sorel: «Los marxistas no han observado que el *mecanismo social es variable*, sobre todo en nuestra época, en razón de las rápidas transformaciones que se producen en la industria, y que no se posee medio alguno de construir los mecanismos sociales del porvenir, que no se puede razonar más que sobre lo que proporciona la observación. Sin detenerse en estas consideraciones, los marxistas ortodoxos han concluido que el mecanismo continuaría existiendo cualitativamente tal como Marx lo había descrito y que sus elementos se modificarían cuantitativamente de un modo uniforme al seguir la ley empírica constatada (de un modo parcial) en los comienzos de la gran industria. Estas dos proposiciones son indemostrables científicamente; recuerdan los razonamientos de los anti-

(28) G. SOREL: *Prefacio a Gatti: Le socialisme et l'agriculture*, recogido en *Matériaux...*, cit., págs. 202-203.

(29) G. SOREL: *Y a-t-il de l'utopie dans le marxisme?*, en *Rev. de Métaphysique et de Morale*, 1899, pág. 164.

(30) G. SOREL: *Les polemiques pour l'interpretation du Marxisme*, en *Rev. Internationale de Sociologie*, 1900, pág. 273.

(31) G. SOREL: *De l'utilité du Pragmatisme* (1921), 2.^a edición, París, Rivière, 1928, página 429. Aquí SOREL se opone a BERGSON en la no existencia del desorden para éste; para SOREL, «el desorden es el estado natural de la Humanidad».

guos filósofos sobre la inercia: el movimiento de un cuerpo, abandonado a sí mismo, continúa, decían ellos, en línea recta, con una velocidad constante, pues no hay razón alguna para que modifique su dirección o su velocidad. La experiencia nos muestra que el régimen capitalista se modifica bastante rápidamente bajo nuestros ojos; los socialdemócratas ortodoxos hacen esfuerzos inauditos de imaginación para no ver lo que es visible para todo el mundo: han abandonado el terreno de la ciencia social para pasar a la utopía» (32). No hay, por tanto, ya, situándonos en un terreno estrictamente económico, una forma única en cada época, sino coexistencia de sistemas diversos.

Frente a este determinismo, que se muestra adversario de la ciencia, Sorrel proclama la primacía de la fuerza creadora del hombre, del espíritu libre: «Sólo tenemos ciencia en la medida en que tenemos fuerza para gobernar el mundo. Los filósofos que pretenden imponernos el respeto a fuerzas inmanentes, que pretenden someternos a pretendidas leyes de la Historia, nos piden hacer abandono de nuestra razón y reconocer poderes misteriosos» (33). La idea de que existe alguna finalidad en el conjunto de las coyunturas cuyos detalles parecen depender de causas independientes unas de otras, la fe que los grupos humanos tienen en una misión que les haya sido confiada, la certeza de un éxito proseguido a través de una multitud de obstáculos, he ahí las fuerzas de primer orden que, proyectadas en medio de los azares de la Historia, pueden agrupar numerosas voluntades de un modo tan durable que hagan aparecer «devenirs» apropiados a su naturaleza (34), pues, «lo que hay de verdaderamente fundamental en todo devenir es el estado de tensión apasionada que se encuentra en las almas» (35). Toda la filosofía de la Historia descansa, por tanto, para Sorrel, en el «control que una filosofía es capaz de ejercer sobre las realidades vivientes de la Historia» (36).

Esta concepción es la que le aboca a descubrir un «elan» vital en el capitalismo industrial, en cuanto supone una conquista, una victoria del espíritu de empresa, y al que presta gran admiración. Es la misma que le lanza contra las formas degeneradas del capitalismo —usurero y comercial— en una época en que la burguesía había llegado a perder el sentido de los valores que le dieron grandeza. «Esta *perversión del capitalismo*, por la que el industrial vuelve a sus orígenes usureros, tiene una gran importancia en la Historia,

(32) Y *a-t-il de l'utopie...*, cit., pág. 158. «Nuestra civilización moderna descansa sobre una economía cuya técnica está en continua revolución» (*De l'utilité...*, cit., página 415).

(33) G. SOREL: *La Science et...*, cit., pág. 13.

(34) G. SOREL: *Matériaux d'une...*, cit., págs. 11-12.

(35) G. SOREL: *Vues sur les problèmes de la philosophie*, en *Rev. de Métaphysique et de Morale*, enero 1911, pág. 76.

(36) *Matériaux...*, cit., pág. 13.

pues marca el momento en que el hombre abandona la idea *penosamente adquirida* por la que es productor para regresar a la idea de los salvajes polinesios que ven sobre todo en el hombre un consumidor, sólo trabajando de un modo accidental» (37). Para Sorel, la constitución de una *natura artificielle*, que aparece durante la Era enfebrecida del capitalismo, supone que los hombres han llegado a ser capaces de imponer a los movimientos de las cosas direcciones opuestas a las que habría existido sin su intervención. El hombre adquiere en la *nature artificielle*, a través de una labor incesante, el poder de dirección; si se detiene un solo instante, todo tiende a entrar en el orden antiguo; «se puede decir que la materia impone sus leyes desde que el espíritu se retira» (38). Esta consideración tiene un «enlace social considerable: cuanto más llega a ser científica la producción, mejor comprendemos que nuestro destino es penar sin tregua; de este modo se desvanecen los sueños de felicidad paradisíaca que los antiguos socialistas habían tomado por anticipaciones legítimas; todo permite suponer que el trabajo irá siempre intensificándose. Podemos incluso observar que este pesimismo tiende a reforzar el sentimiento de la realidad, pues no tomamos jamás por ilusiones las sensaciones engendradas por el trabajo fuertemente tenso» (39). Se ve claro que Sorel es partidario del progreso técnico, mas no de las *illusions du progrès*. Es la versión de lucha que éste posibilita al hombre, el esfuerzo que ello supone lo que le interesa, a fin de enfrentarse al movimiento *natural* de decadencia a que la Humanidad se ve arrastrada, al *desorden natural*. «Lo verdadero es muy inestable en nosotros, mientras que nuestros malos fondos engendran perpetuamente lo falso». Es la Historia la que nos enseña que la herencia de los maestros no sabría ser conservada largo tiempo sin esfuerzos casi heroicos de voluntad (40). He aquí la verdadera noción de libertad humana para Sorel: «La actividad productora de cosas útiles en un fin elegido por nosotros» (41). Es lo que le aboca, en definitiva, a ver en los productores —en el proletariado— la única fuerza humana capaz de encarnar el protagonismo en la lucha por una nueva civilización: «Cuando uno se inspira en los principios de Marx, puede decirse que ya no hay cuestión social; puede decirse, incluso, que el socialismo (en el sentido ordinario e histórico del término) está rebasado; en efecto, las investigaciones no conducen a lo que la *sociedad debe*

(37) C. SOREL: *Introduction à l'Economie moderne*, París, Rivière, 1922, pág. 131.

(38) G. SOREL: *De l'utilité...*, cit., págs. 426-427.

(39) Op. cit., pág. 427 (en nota).

(40) G. SOREL: *Indépendance française*, artículo escrito en 1910 para la revista *La Cité française*, que no llegó a aparecer, según versión recogida en P. ANDREU: *Notre maître...*, cit., pág. 330.

(41) G. SOREL: *La Science et...*, cit., pág. 24.

ser, sino a lo que *puede el proletariado* en la lucha actual de las clases» (42).

En esta lucha incesante del hombre contra el elemento que tiende a aniquilarlo, lucha desigual y de una gravedad real, trata Sorel de hallar la ética que domina a sus protagonistas —los productores— y establecer, frente a la «cultura» burguesa, los datos esenciales de una renovación deseada. Todo el problema del devenir moderno lo hace descansar, pues, sobre tres cuestiones: ¿ha adquirido el proletariado una conciencia clara de su existencia como clase indivisible?, ¿posee la fuerza suficiente para entrar en lucha contra las otras clases?, ¿se halla en condiciones de desmontar todo el sistema de la ideología tradicional?

A tales efectos, la definición del grupo humano «productor proletariado» y su configuración como clase, alcanza una importancia capital. Parte, para ello, de la no aceptación de la sociedad según una división dicotómica de la misma; la oposición ricos-pobres, opresor-oprimido no responde a una observación de los hechos. «Esta simplificación, cómoda para hacer comprender teóricamente la lucha de clases, nos impide ver los verdaderos movimientos y nos esconde la Historia en la cual vivimos» (43). Aún más, la noción de clase, en su plenitud de significación, no es más que una abstracción. «Una clase plenamente desarrollada es —según Marx— una colectividad de familias unidas por tradiciones, intereses, miras políticas, y llegadas a un tal grado de solidaridad que puede atribuirse al conjunto una personalidad, considerarlo como un ser que razona y que actúa según sus razones. Es evidente que la observación nunca nos muestra la clase perfecta; en consecuencia, la teoría marxista de las clases constituye una *abstracción*» (44).

Para Sorel, la clase no es algo que nos viene dado, reflejo de unas condiciones de índole material; es algo que «ha de llegar a ser», que ha de afirmarse, realizarse en definitiva. «... nosotros no tenemos la noción vaga y vulgar del sociólogo que considera la clase como una aglomeración de gentes de idéntica condición; tenemos una sociedad de productores que han adquirido las ideas que convienen a su Estado y que se consideran como teniendo una unidad totalmente análoga a las unidades nacionales. No se trata de conducir el pueblo, sino de llevar a los productores a pensar por sí mismo...» (45).

(42) G. SOREL: Prefacio a *Essais sur la conception matérialiste de l'histoire*, de ANTONIO LABRIOLA, París, Giard et Brière, 1897, págs. III-IV.

(43) G. SOREL: *Pro e contro il socialismo*, en *Revue Le Devenir social*, octubre 1897, pág. 679.

(44) Prefacio a *Colažanni: Le socialisme*, recogido en *Materiaux...*, cit., pág. 184.

(45) G. SOREL: *La Décomposition du marxisme*, según versión inglesa que en este ensayo se recoge en I. L. HOROWITZ: *Radicalism and the revolt against reason*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1961, pág. 243.

es decir, indicarles el sentido real del interés de clase, reforzar incluso la conciencia que ellos pueden adquirir del fenómeno «clase».

Sorel, al igual que Bernstein, no desea imaginarse el porvenir de la clase obrera en forma análoga a como se deduce de la historia de la burguesía en el siglo XVIII, viniendo a ocupar la posición de los antiguos privilegiados. Reconoce, no obstante, que un parecido movimiento es muy posible y que, si llega a producirse, el socialismo quedará reducido a la nada. Ve en ella el lugar donde reposa el espíritu de la evolución social, el verdadero motor social moderno que otorga a la civilización naciente las cualidades que van a caracterizarla, que presiona sobre toda la estructura social, pero que no suprime de ella, necesariamente, la variedad. A un mundo de fatalidad creciente, Sorel opone el mundo de la libertad en vías de formación, protagonizado por el proletariado, un mundo en el que a los proletarios «les será preciso querer llegar a ser razonables y hallar los medios que les conduzcan a ello» (46). Es preciso, pues, que la masa caótica de los proletarios se transforme en clase *pour elle-même*, transformación a realizarse por un mecanismo interior: «Es en el seno del proletariado, es por medio de sus recursos propios, como debe crearse el nuevo Derecho» (47). «Es preciso que el proletariado *se haga todo entero, por sus propias fuerzas*, si no quiere pasar de una tutela a otra» (48). Todo el problema contemporáneo es, para Sorel, mucho menos una cuestión de fuerza, como había sido el problema político en el siglo XVIII, que una cuestión de educación, que saber si el pueblo llegará a instruirse él mismo, por medio de experiencias realizadas en su seno.

Ello le lleva a desterrar cualquier forma de organización del proletariado impuesta o que dependa del exterior. No concibe esta organización como provocada por el efecto que la palabra socialista pueda producir al verterse en medio de los obreros enzarzados en conflicto con sus patronos; no cree en una organización que adopte la forma de adhesión a una agitación dirigida por políticos. El problema es mucho más complejo. La organización supone, para Sorel, el paso del orden mecánico, ciego, impuesto del exterior, a la diferenciación orgánica, inteligente y plenamente aceptada; «en una palabra, es un desarrollo moral», al que sólo se llega a través de una larga práctica y una experiencia adquiridas en la vida, abarcando y condensando todos los elementos de la misma (49). Sólo a través de esta vía se «hará» el prole-

(46) G. SOREL: *Conclusion aux "Enseignements sociaux de l'Economie moderne"*, en *Rev. Le mouvement socialiste*, julio, 1905, págs. 291-292.

(47) G. SOREL: *Avenir socialiste...*, op. cit., pág. 101.

(48) G. SOREL: *Les facteurs moraux de l'évolution*, Conferencia celebrada en el Collège Libre des Sciences Sociales y recogida en el volumen colectivo *Questions de Morales*, París, Alcan, 1900, pág. 93.

(49) *Avenir socialiste...*, cit., pág. 111.

tariado, y no bajo la curatela de los demagogos; sólo así adquirirá la conciencia de clase. El proletariado —pues— «debe trabajar en emanciparse de toda dirección que no sea interna. Es a través del movimiento y la acción como debe adquirir las capacidades jurídicas y políticas. La primera regla de su conducta debe ser: *permanecer exclusivamente obrero...*» (50).

Fundamentalmente, tres son las condiciones que han de cumplirse para que la clase obrera se constituya en fuerza organizada:

1.^a Que el proletariado cree instituciones en las que prescindiera totalmente de gentes extrañas a su clase. 2.^a Que a través de una cultura moral adquiriera clara conciencia de las responsabilidades personales. 3.^a Que toda su actividad tenga por principio y fin la lucha de clases.

¿Qué papel desempeñan las instituciones sociales en este *mundo de productores* en que se ha convertido el mundo moderno? Frente a las construcciones imaginativas de la época, Sorel ve en aquéllas el cauce que hace posible la adquisición de una experiencia personal, activa y permanente, experiencia que nos hace comprender la extensión del poder que tenemos sobre el mundo, que nos indica el espíritu deseable que debe presidir la transformación de las relaciones humanas y que nos proporciona siempre una observación en orden a juzgar los acontecimientos que nos rodean. «No hay nada más peligroso que la pretensión de alcanzar un ideal situado fuera de las posibilidades generales; cuando se tiene la imprudencia de entrar en esta vía, se adquiere veloz la conciencia de la inutilidad de los esfuerzos normales; mientras, nacen tres consecuencias igualmente enojosas: el aislamiento de los sujetos de la *élite*, que abandonan el mundo para poder guardar su ideal en el fondo del corazón; el escepticismo del mayor número, que se deja ir a los azares de las circunstancias; la corrupción profunda de los jefes que pretenden que el fin justifica los medios y que todo está permitido cuando se persigue un ideal elevado» (51).

Sólo a través de estas instituciones, el hombre puede llegar a *adquirir la experiencia de su fuerza exacta sobre las cosas* y ser conducido «en la vía del *self-government*». En efecto, el gran problema social moderno reside, para Sorel, en la formación moral de las clases obreras a través de la experiencia personal y con miras al autogobierno; de ahí su confianza en las instituciones organizadas por los obreros que pueden, «*si nos sabemos servir de ellas, enseñarnos a gobernarlos y hacernos dignos de la libertad...*» (52).

Es en esta lucha entre la libertad y lo que ella funda históricamente, derivada de su concepción pesimista, donde se sitúa esta crisis permanente de

(50) *Avenir socialiste...*, cit., pág. 132.

(51) *Les facteurs moraux...*, cit., pág. 98.

(52) Op. cit., págs. 99-100.

Sorel, crisis moral en última instancia, pues todo problema, para él, es finalmente moral.

Inserto en esta vía, se lanza a la búsqueda de aquellas instituciones en las que creía reconocer las reglas vitales de toda colectividad organizada. Reflexionando, en un principio, sobre el tradeunionismo en Inglaterra a través de los escritos de Paul de Roussiers y, posteriormente, observando (53) el desarrollo de las Bolsas del Trabajo bajo la inspiración y mandato de F. Pelloutier, principal impulsor del sindicalismo revolucionario y con el que le unía gran amistad, Sorel ve en el Sindicato el modelo de institución a través del cual, únicamente, el proletariado llegará a realizarse. Inspirándose en Le Play, medita sobre las profundas analogías que existen entre las antiguas autoridades sociales y su papel en las democracias primitivas y las nuevas formas de organización de la clase obrera. Concluye identificando a los Sindicatos como las nuevas *autoridades sociales* del mundo moderno.

Es todo el sistema de organización social, de jerarquía, de autoridad dominante en su tiempo lo que trata de invertir. A una igualdad puramente ideal y utópica sustituirá *la justa y real igualdad organizada*, a unas agrupaciones políticas, constituídas principalmente para la conquista del Poder, las nuevas agrupaciones profesionales que tienen por base el modo de producción de la vida material. Para los sindicalistas revolucionarios, el partido político era una unidad mecánica y administrativa, una unidad abstracta que viene de lo alto, que descansa en la unidad de dirección de un mando omnipotente y omnisciente, seguido por gentes que obedecen ciegamente; el Sindicato, por el contrario, concebido sobre el modelo de la Empresa en cuanto comunidad, tratará de realizar una unidad interna espiritual, una unidad donde las libertades vivas y actuantes pueden equilibrarse, componerse sin comprimirse unas a otras. Es lo que «diferencia el orden nuevo buscado por el proletariado del orden antiguo creado por la sociedad burguesa» (54).

Del seno de estos Sindicatos han de surgir las nuevas nociones jurídicas, derivadas de la mutualidad y solidaridad, que sustituirán las existentes producidas por el sistema capitalista, pues en ellos se agrupan los trabajadores que dan prueba, en alto grado, de su capacidad productiva, de su energía intelectual y de su entrega por los compañeros, en cuyo interior la libertad se halla en vías de organización y donde, en razón de las necesidades provocadas por las luchas económicas, la voluntad de solidaridad se halla en ten-

(53) Su método de observación directa se concreta sobre todo en este terreno: «... los puros sindicatos tienen más que enseñarnos que ellos aprender de nosotros.» Op. cit., pág. 87.

(54) Prefacio a *Histoire de Bourses du Travail*, de FERDINAND PELLOUTIER, París, Schleicher, 1920, pág. 27.

sión constante. Son «las relaciones de un nuevo orden social, lo que se puede denominar las fuerzas morales del porvenir», las que nacen (55). Esta concepción del Sindicato como ideal, como voluntad deliberada de transformación social, como prefiguración en algún modo de la organización del porvenir conduce a Sorel a rechazar todo lo que suponga encerrar el proletariado en la defensa exclusiva de sus intereses materiales. Esto último significaría condenarlo a permanecer, eternamente, en el estado de clase sujeta: «Sería darle, por fin último, la conquista de un mejor salario» (56). Es, en consecuencia, oponer una formidable barrera al desarrollo del proletariado, impidiéndole elaborar, conforme a su propio modo de vida, los nuevos principios de su derecho. Es esta concepción, asimismo, lo que le lleva a pensar que los Sindicatos podrían ser poderosos mecanismos de moralización, pues no hay transformación que pueda realizarse si los trabajadores no han adquirido do un grado superior de cultura moral.

Esta lucha por un porvenir, donde una nueva sociedad será creada, con elementos completamente nuevos, con principios puramente proletarios, no es una lucha para ocupar las posiciones detentadas por los burgueses, al estilo tradicional; es una lucha tendente a variar el organismo político burgués de toda vida, arrancando «al Estado y a la comuna, una a una, todas sus atribuciones» y hacer pasar todo lo que aquél contenga de útil a «los organismos proletarios en vías de formación, es decir, a sus Sindicatos sobre todo». Puede decirse, resumiendo, que «todo el porvenir del socialismo reside en el desarrollo autónomo de los Sindicatos obreros» (57).

Si esta renovación consiste fundamentalmente en una nueva evaluación de todos los valores por el proletariado, sólo una lucha continua y renaciente puede llegar a realizarla. Al igual que Pelloutier, Sorel no tenía esperanza alguna en una renovación política y sólo creía en la necesidad de una absoluta separación de las clases. Es a la vista de las organizaciones obreras que el primero inspirara cuando cobra, para él, un significado real la lucha de clases, noción a la que otorgará una importancia creciente a medida que observa con detenimiento el sindicalismo revolucionario. Pero, ¿qué sentido posee esta lucha de clases?

Consciente de que el hombre no puede escapar a la necesidad del relativismo, esta lucha no responde a una división dicotómica de la sociedad, que, por otra parte, él combate en nombre de la observación (58). No es una lucha

(55) *Avenirs...*, cit., pág. 112.

(56) Prefacio a *Formes et essence du socialisme*, de SAVERIO MERLINO, 1898, páginas XVI.

(57) *Avenirs...*, cit., págs. 132-133.

(58) «Hay un movimiento incesante de ascenso y descenso de los individuos a través de las posiciones medias; los agrupamientos son casi siempre temporales; corrien-

entre pobres y ricos, oprimidos y opresores, amos y esclavos inspiradas por la envidia y la venganza o por *doctrinas de odio* que lanzan quienes basan sus éxitos electorales sobre las hostilidades de intereses. En estos casos, «la lucha de clases llega a ser únicamente la noción vaga de un antagonismo existente entre grupos de intereses». No se trata solamente de una apreciación material, sino, sobre todo, de una apreciación moral, haciendo suyas, a este respecto, las consideraciones que sobre el tema expone Saverio Merlino: «Los hombres no viven sólo de pan; ellos tienen apego a la libertad, a la justicia, a la dignidad personal tanto como a la vida» (59). Y es que, aunque Sorel no acepta la existencia de una división dicotómica en el mundo real, la descubre en cambio en las bases de todos los factores morales de las luchas históricas. «No es [la lucha de clases] un concepto sociológico..., sino el aspecto ideológico de una guerra social proseguida por el proletariado» (60), de «una *lucha por la conquista de derechos*» (61). Matizando más aún su pensamiento y ante las doctrinas unitaristas que descansan en la hipótesis del organicismo social, dice: «Para alcanzar la verdad completa, no es preciso ni limitarse a este primer momento unitarista, ni conceder valor de realidades a las abstracciones a que conduce la división en clases; es preciso proceder a una síntesis... Investigando cómo se forman, bajo la presión del movimiento obrero, las concepciones democráticas relativas a la evolución social, se habrá efectuado esta síntesis y se habrán determinado las fuerzas decisivas que arrastran a los países modernos en la vía del progreso» (62).

Hay algo, no obstante, que preocupa hondamente a Sorel y en base a lo cual construirá toda su filosofía del sindicalismo revolucionario. Es el peligro de aburguesamiento que se presenta en las asociaciones obreras bajo el primado de la «paz social». «Desde hace un cierto número de años, quienes quieren realizar la paz social buscan el medio de introducir el espíritu del pequeño burgués en el mayor número de obreros inteligentes y activos que pueden, pues saben que es el medio cierto de *neutralizarlos*» (63). Una política de esta índole será el gran obstáculo que el sindicalismo encontrará de ahora en adelante, al hacer cada vez más difícil el mantenimiento de la idea de escisión en el proletariado y desvanecerse, en consecuencia, la noción de lucha de clases. Si la tensión revolucionaria desaparece y el conformis-

tes muy inestables agitan esta masa; su influencia es un sentido muy variable y de ahí deriva la fuente principal de contingencias que se encuentra en la historia contemporánea.» Prefacio a *Colajanni...*, cit., pág. 186.

(59) *Pro e centro il socialismo*, en *Rev. Le Devenir social*, 1897, pág. 877, nota 2.

(60) *Avenir...*, cit., pág. 67.

(61) Prefacio a *Colajanni...*, cit., pág. 187.

(62) *Op. cit.*, págs. 191-192.

(63) *Avenir...*, cit., pág. 146.

mo toma asiento, el Sindicato quedará en mero órgano de defensa de intereses materiales inmediatos en vez de ser el instrumento configurador de un nuevo orden social. «Es preciso que no le ocurra al proletario lo que les sucedió a los germanos que conquistaron el imperio romano: tuvieron vergüenza de su barbarie y se contemplaron en la escuela de retóricos de la decadencia latina» (64).

Este peligro acecha sobre un doble plano: el político y el económico. Sobre el primero, porque a través de las desviaciones reformistas y parlamentarias la paz social puede ser comprada a cambio de algunos sacrificios complementarios de la sociedad capitalista. Para Sorel, «la democracia electoral semeja mucho al mundo de la Bolsa; en un caso como en otro es preciso operar con la ingenuidad de las masas, comprar la protección de la gran prensa, y *ayudar al azar* con una infinidad de trucos; no hay gran diferencia entre un financiero que introduce en el mercado negocios resonantes que se irán a pique en algunos años y el político que promete a sus ciudadanos infinidad de reformas que no sabe cómo realizar y que se traducirán en un mercamontonamiento de papeles parlamentarios». Y añade: «El régimen parlamentario está tan lleno de trucos como las reuniones de accionistas» (65). Toda democracia, pues, que arrastre al socialismo proletario en la vía del regateo y del compromiso es el enemigo principal del movimiento obrero, su principal agente de disolución, al no permitir conservar la ideología revolucionaria a la altura debida para que el proletariado pueda realizar su misión histórica. Esta es una de las razones sustanciales por la que Sorel, al igual que Pelloutier, rechaza las grandes centralizaciones en los Sindicatos, que acaban siendo conducidos por cuadros burocráticos que no tardan en ser corrompidos por la moral burguesa, siendo propicios a la colaboración con el capitalismo y llegando a ser la «paz social», de este modo, el régimen normal.

Sobre el plano económico, el mayor peligro radica en la *lâcheté bourgeoise*, en el «ablandamiento» de las clases capitalistas guiadas por un *ideal de mediocridad conservadora*, en la *perversión del capitalismo* a que antes nos referimos. Una situación de esta índole es el campo abonado para la aparición de los comités mixtos —«arma poderosa contra las reivindicaciones socialistas de los trabajadores»— la participación en beneficios —«da quimera más engañosa que pueda imaginarse»—, los contratos colectivos... «No son más que recetas, y cada una de ellas sólo tiene valor en determinadas circunstancias» (66). Estas sabias combinaciones imbuídas de espíritu corporativos, son medios tendentes a evitar la revolución proletaria. Sorel insiste con

(64) *Reflexions...*, pág. 53.

(65) *Op. cit.*, págs. 341-342.

(66) *L'ancienne et...*, *cit.*, págs. 111-112.

frecuencia en ello, precisando claramente lo que es simple conquista de ventajas materiales conseguidas por el Poder y la *lucha por la conquista de derechos*. «Es una distinción de una muy alta importancia, que debe estar presente siempre en nuestro espíritu» (67).

No se trata, pues, de un reparto de riquezas y honores. Precisamente, una de las grandes dificultades consiste en que el movimiento obrero adquiriera clara idea de la revolución proletaria. «Mientras el contrato de trabajo continúe siendo una venta y esta venta se realice en un mercado libre, las clases siguen siendo independientes una de otra» (68). ¿Por qué hablar, pues, de deber social? «El deber se comprende en una sociedad en que todas las partes son estrechamente solidarias» (69). De ahí los temores de Sorel ante la corriente reformista, que tiende a debilitar, a neutralizar la voluntad de poder de la clase obrera. En lugar de atenuar las oposiciones existentes, es preciso darles relieve, otorgar un aspecto tan sólido como sea posible a las agrupaciones que luchan entre sí a fin de contener las desviaciones hacia concepciones burguesas. El gran problema reside, por tanto, en hallar los medios a través de los cuales alcanzará el proletariado el coraje y las virtudes necesarios para proseguir su marcha hacia la liberación, para pasar de un *sistema de deberes* a un *sistema de derechos*. ¿Dónde los descubrirá Sorel?

* * *

De 1895, fecha en que Fernand Pelloutier es nombrado secretario de la Federación de las Bolsas del Trabajo de Francia, a 1909, en que Víctor Grippuelhes cesa como secretario general de la C. G. T., transcurre una época en la que el Sindicalismo revolucionario animó al movimiento obrero francés. Son los años en que Sorel escribe sus dos obras fundamentales: *Avenir socialiste des Syndicats* (1898) y las *Réflexions sur la violence* (1906).

Es «un sindicalismo desconfiado, en muchas ocasiones ferozmente desconfiado, de un lado, de la acción política llevada a través de los cauces constitucionales y, de otro, de la sujeción de las asociaciones obreras a todo movimiento político» (70), deseoso de autonomía y de unidad sindical, aunque tratando de evitar la formación de una burocracia sindical; preocupado de mejorar no solamente la condición material de los obreros sino también su valor intelectual y moral, y aspirando a una sociedad socialista mediante la

(67) *Etudes sur Vico*, cit., pág. 1046.

(68) *Conclusions aux "Enseignements..."*, cit., pág. 294.

(69) *Reflexions...*, pág. 89.

(70) M. ALONSO OLEA: *Las ideologías del sindicalismo*, en REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS, núm. 82, 1955, pág. 42.

desaparición de los estados de asalariado y patronato. Busca la emancipación del trabajador por el propio trabajador mediante la *acción directa* y, concretamente, la huelga general.

A comprender el alcance de esta acción, acción directamente ejercida por la clase obrera, sin pasar a través de intermediarios políticos o burgueses y concretada en la epopeya de las huelgas, se lanza Sorel. Este «*método directo y revolucionario* es el gran hecho social de la hora actual» (71), y sobre este terreno de la práctica de las huelgas construye toda su doctrina del sindicalismo revolucionario. Es este fenómeno contemporáneo el que considera esencial por cuanto es verdaderamente educativo para un proletariado revolucionario que hace su aprendizaje en la lucha. La gran ventaja que ofrece la huelga —«arma, por excelencia, que la sociedad presente pone entre las manos de la clase obrera», con expresión de Griffuelhes— es que el obrero aprende a confiar sobre el valor de su esfuerzo personal, sobre su responsabilidad y sobre la influencia que los sacrificios presentes ejercen sobre el porvenir. Es en ella donde el proletariado afirma su existencia, donde se renueva la conciencia de clase del productor, y de cuya práctica se extrae una concepción muy clara de la lucha de clases.

Al igual que la revolución burguesa, hecha al azar de las iniciativas individuales, extrajo partido de la concurrencia basándose en la autonomía de los directores de empresa, el sindicalismo revolucionario —en la concepción soreliana— debe sacar partido de la lucha de clases mediante la fuerza revolucionaria del proletariado basada sobre la autonomía de las revueltas obreras. Es esta concepción la que le lleva a afirmar que «la lucha de clases es el alfa y el omega del socialismo», «el aspecto ideológico de una guerra social» en la que cada gran huelga constituye un episodio. Por ello, «mantener esta idea de guerra parece hoy más necesario que nunca, cuando tantos esfuerzos son intentados para oponer al socialismo la paz social» (72).

¿Dónde reside la razón sustancial que lleva a Sorel a valorar de antemano el fenómeno de las huelgas? En el cortejo de violencias que el desarrollo normal de las mismas implica. A la vista de lo que él considera «hechos evidentes», toda su preocupación va a girar en torno al conocimiento del papel que la violencia juega en las relaciones sociales. «No se trata de justificar a los violentos, sino conocer qué papel corresponde a la *violencia de las masas* obreras en el socialismo contemporáneo» (73), qué resulta de la introducción de la violencia en las relaciones del proletariado con la sociedad, qué significado encierra esta violencia en relación a la revolución social futura.

(71) *Reflexions...*, pág. 95.

(72) *Avenir...*, cit., pág. 61.

(73) *Réflexions...*, pág. 64.

Para precisar el sentido del vocablo, Sorel recurre a una sutil distinción entre *violencia* y *fuerza*. «La fuerza tiene por objeto imponer la organización de un cierto orden social en el que una minoría gobierna, mientras que la violencia tiende a la destrucción de este orden. La burguesía ha empleado la fuerza desde el comienzo de los tiempos modernos, mientras que el proletariado lucha ahora contra ella y contra el Estado por la violencia» (74). La fuerza es el atributo de la burguesía mediante la cual, y a través del Estado tradicional, trata de mantener un cierto orden social, prosigue la lucha por la conquista de ventajas procuradas por el Poder; la violencia, por el contrario, niega la fuerza organizada por la burguesía, tendiendo a destruir el orden establecido y a posibilitar, mediante la lucha por la conquista de derechos, la eclosión de un nuevo orden. Tampoco debe confundirse esta violencia con la *brutalidad* que ha caracterizado las revoluciones populares; no se trata, con ellas, de reproducir la historia de los revolucionarios de 1793. Lo que Sorel preconiza no es la guerra externa, sino el estado de espíritu de *lucha*, la *guerra interna acompañada de manifestaciones exteriores solamente* en la medida en que estas son necesarias para probar, desarrollar e intensificar aquélla.

La concepción soreliana de la violencia descansa en la consideración que de ésta se hace desde el punto de vista de sus consecuencias ideológicas. Todo lo que contribuya a marcar la escisión de las clases —base de todo el socialismo—, contribuye a que el proletariado adquiera su plena personalidad, y las violencias proletarias son precisamente los actos de «guerra» que sirven para mantener esta separación de las clases. «Sólo pueden tener valor histórico si son la *expresión brutal y clara de la lucha de clases*» (75), si clarifican la división en clases, aunque no sean el método más apropiado para obtener ventajas materiales inmediatas, si son la expresión formal de las reivindicaciones por un «sistema de derechos».

Sorel espera incluso en orden a asegurar la idea de escisión, que la violencia obligue al capitalismo a permanecer ardiente en la lucha industrial, prestándole la energía que en sus inicios tuvo. Un capitalismo enérgico contribuirá a su vez a delimitar los perfiles del proletariado, permitiendo a éste formarse una más clara idea de su posición que el «deber social» trata de confundir.

Ahora bien, como expresa Gaëtan Pirou, «que no se engañe nadie. El deseo que se forma Sorel de ver las clases burguesas salir de su entumecimiento no parte en modo alguno de un sentimiento de simpatía hacia

(74) Op. cit., pág. 257.

(75) Op. cit., pág. 118.

ellas» (76). «*La nouvelle école* razona de un modo muy distinto; no puede aceptar la idea de que el proletariado tenga por misión histórica imitar la burguesía; no concibe que una revolución tan prodigiosa como la que suprimiría el capitalismo» signifique, para «el pueblo de los productores... un cambiar de amos», «una transmisión de privilegiados a privilegiados» en definitiva (77).

Lo que Sorel espera de la violencia es que a su través se ponga en evidencia la negación de los valores burgueses, el espíritu de radical renovación que constituye el fondo de su pensamiento, impidiendo toda extensión de derechos contrarios a los intereses de las clases productoras. Es de dotar a éstas del *elan de vie* suficiente para evitar la decadencia de la idea revolucionaria a lo que tiende.

Son estas huelgas violentas, concebidas como fenómenos de guerra y no como algo análogo a una ruptura temporal de relaciones comerciales, las que engendran la idea de revolución en el proletariado. En Sorel, toda creación histórica nace de una voluntad de lucha y de conquista, es decir, de la «guerra», y la revolución social es una extensión de esta guerra en la que cada gran huelga constituye un episodio» (78), guerra social para la que el proletariado no cesa de prepararse en los Sindicatos. La revolución proletaria no se parece a una escena del Apocalipsis, no guarda analogía alguna con el régimen de *fuerza* burguesa, por el que aquélla tomaría el carácter feroz de una guerra de exterminación comprometiendo la civilización europea; este reproche estaría fundado si el proletariado fuera conducido por la predicación de los idealistas, perturbando la razón popular con sus ilusiones, promesas y reivindicaciones.

Lo que verdaderamente caracteriza la revolución concebida a la manera de los sindicalistas es su carácter de transformación absoluta e irreformable, al tener por efecto la entrega de las fuerzas productivas en manos de los propios productores, pasándose de un «sistema de deberes» a un «sistema de derechos». Esta revolución tratará de ser abortada —argumenta Sorel en base a las observaciones de Tocqueville sobre la Revolución francesa en relación al *Ancien Régime*— mediante la conservación de un estado altamente centralizado y autoritario en el que las transformaciones serán siempre limitadas y controladas por los detentadores del Poder.

¿Cómo mantener intacta la idea revolucionaria? Adaptando siempre el pensamiento a los hechos que puedan revestir un aspecto revolucionario. Per-

(76) G. Pirou: *Proudhonisme et syndicalisme révolutionnaire*, París, Rousseau, 1910, página 141.

(77) *Réflexions...*, págs. 265-266.

(78) *Op. cit.*, pág. 434.

maneciendo en este terreno de observación de la realidad, Sorel descubre que, en su tiempo, sólo la huelga general puede producir este resultado, forma que adopta la Revolución dentro de su concepción. No concibe, por tanto, la desaparición del dominio capitalista sin suponer la existencia de un ardiente sentimiento de revuelta que no cese de dominar el alma obrera, sino un proletariado preparado para organizar una resistencia obstinada, creciente y apasionada contra el orden de cosas existentes y a cuyo estado sólo es conducido mediante la práctica de las huelgas; pero la experiencia muestra que estos sentimientos de revuelta pueden dominarse con reformas de política social, de paz social, y que la psicología de las masas obreras es fácilmente adaptable al orden capitalista, lo que le lleva hasta afirmar que «no siempre es preciso conceder gran valor a los ataques violentos formulados contra la burguesía; pueden ser motivados por el deseo de reformar el capitalismo y de perfeccionarlo» (79).

Ante ello, Sorel tiende a idealizar una táctica que legitima, ya por los resultados que de ella espera, ya por las virtudes con que impregna a sus realizadores. «La huelga general suprime todas las consecuencias ideológicas de cualquier política social posible; sus partidarios consideran las reformas, incluso las más populares, como poseedoras de un carácter burgués; nada puede atenuar para ellos la oposición fundamental de la lucha de clases» (80). El sindicalismo soreliano se esfuerza, pues, en emplear medios de expresión que proyecten sobre las cosas plena luz y que acusen todo el valor de las fuerzas puestas en juego. En lugar de atenuar las oposiciones será preciso, siguiendo la orientación sindicalista, ponerlas en relieve, proporcionar un aspecto tan sólido como posible a las agrupaciones que luchan entre sí.

Ahora bien, para producir tales resultados «es preciso apelar a un conjunto de imágenes capaces de evocar *en bloque y por la sola intuición* la masa de sentimientos que corresponden a las diversas manifestaciones de la guerra entablada por el socialismo contra la sociedad moderna» (81).

Estas construcciones, por las que los hombres que participan en los grandes movimientos sociales se representan su acción próxima en forma de imágenes de batallas, son las que Sorel denomina *mitos*. Para precisar el sentido del término, recurre a una oposición análoga a la de *fuerza - violencia*; en este caso la oposición *mito - utopía*.

Los mitos, dirá, «no son descripciones de cosas, sino expresiones de voluntades. La utopía, por el contrario, es el producto de un trabajo intelectual; es la obra de teóricos que, tras haber observado y discutido los hechos,

(79) Op. cit., pág. 194.

(80) Op. cit., pág. 195.

(81) Op. cit., pág. 173.

tratan de establecer un modelo al cual puedan compararse las sociedades existentes a fin de medir el bien y el mal que encierran» (82). Siguiendo a Bergson, lo que Sorel pretende es encontrar ese yo profundo, querido al autor de *Données immédiates de la conscience*, ese momento en que uno toma plena posesión de sí y afirma su libertad, momento que para el segundo no es otro que aquél en que nos esforzamos por crear un hombre nuevo con miras a romper los marcos históricos que nos aprisionan. Es el momento de la conciencia creadora que le lleva a afirmar, con Edouard Bernstein, que el fin final no es nada; el movimiento lo es todo. El mito es idéntico, por tanto, a las convicciones de un grupo, es la expresión de estas convicciones en lenguaje de movimiento y, en consecuencia, no cabe descomponerlo en partes que puedan ser aplicadas sobre un plano de descripciones históricas. La utopía, en cambio, se proyecta sobre la trama histórica, pudiendo discutirse como cualquier constitución social. En suma, Sorel veía en el mito no sólo la representación concreta que sintetiza y simboliza el conjunto de nuestras aspiraciones, sino la idea motriz —«medios de actuar sobre el presente»— que hace posible al individuo escapar a su esclavitud más inmediata, más humillante. Lo que le conduce a la afirmación de que ninguna revuelta provocará movimiento revolucionario alguno en tanto no existan mitos aceptados por las masas.

Al observar que las huelgas son las que engendran en el proletariado los sentimientos más nobles, más profundos y activos y que la huelga general los agrupa en un todo indiviso, dotándoles de su máxima intensidad, considera a esta última como el mito social por excelencia, es decir, la organización de imágenes capaces de evocar instintivamente todos los sentimientos que corresponden a las diversas manifestaciones de la guerra entablada por el socialismo contra la sociedad moderna. La huelga general ha de considerarse como un sistema de imágenes tomadas en bloque, al igual que las fuerzas históricas, contribuyendo a representarse el movimiento proletario de un modo total. Comporta una revolución absoluta: el levantamiento autónomo de la clase obrera con plena conciencia de su destino, evitando que ésta se detenga a recoger tranquilamente los frutos inmediatos de sus luchas. Una revolución de esta índole exalta, a su vez, la dignidad del productor, al hacer que cada proletario se considere un personaje con una gran misión a realizar en esta guerra social, en vez de observarse como pieza; es el triunfo del hombre libre frente al autómeta.

Situado en estos términos, Sorel desgaja dos consecuencias de un enlace indudable: la primera, que la huelga general «expresa, de un modo infinitamente claro, que *el tiempo de las revoluciones de los políticos ha concluído*»;

(82) Op. cit., pág. 45.

la segunda hace referencia a la condena violenta que formula de toda concepción basada en la dictadura del proletariado. Condena, en definitiva, de todo tipo de dictadura.

Al primero de los temas dedica íntegramente el capítulo V de sus *Reflexiones*, bajo el título «La huelga general política», analizando las profundas diferencias que separan los dos socialismos existentes: el político y el proletario, y la diversa concepción que de la huelga general posee uno y otro. Mientras que la huelga general proletaria, considerada como un todo indiviso, es toda la revolución, la huelga general política combina incidentes de revuelta económica con otros que dependen de sistemas extraños a la economía, precisando crear una serie de organismos —comités políticos o partidos— colaterales a los Sindicatos, de quienes éstos reciben el impulso y que representan la inteligencia superior del movimiento socialista. Frente a una revolución con carácter de transformación absoluta e irreformable que tiene por efecto la destrucción del estado burgués al «poner las fuerzas productivas en manos de *hombres libres*, es decir, de hombres que sean capaces de conducirse en el taller creado por el capitalismo sin tener necesidad de amos» (83), el socialismo político opone reformas dentro del marco de un Estado centralizado y autoritario, en el que siempre serán limitadas, implicando una sociedad dividida en dos grupos: de un lado, la *élite* organizada en partido político, que se da por misión pensar por una masa no pensante; del otro, el conjunto de productores, organizado en grandes federaciones centralizadas y disciplinadas bajo la dirección del partido. «El proletariado es para ellos [los políticos] *carne de cañón* y no otra cosa», afirma Sorel recordando a Marx (84).

Anclado en la tesis de que la liberación del proletariado sólo llegará oponiéndose a la dirección de éste por gentes extrañas a la corporación productiva, sale al paso igualmente de quienes preconizan una futura dictadura del proletariado. Ve en ésta un recuerdo del *Ancien Régime*, en cuanto corresponde a una división de la sociedad en amos y siervos, haciendo suya la afirmación de Georges Platon de que «todas las dictaduras democráticas o proletarias siempre han abocado —directa o indirectamente— a la restauración de las iniquidades sociales» (85). Y en una nota más característica quizá aún, aprueba con orgullo la sentencia de Antonio Labriola según la cual el proletariado «sabe, o comienza a comprender, que la *dictadura del proletariado*, que tendrá por tarea la socialización de los medios de producción, no

(83) Op. cit., pág. 240.

(84) Op. cit., pág. 200.

(85) *Avenir...*, cit., pág. 87.

puede ser la obra de una masa conducida por algunos». «Es preciso —añade Sorel— que exista algún mecanismo capaz de limitar sus ambiciones» (86), las ambiciones de los menos.

* * *

Es el momento de interrogarse sobre el sentido último del pensamiento soreliano. Como apuntamos al comienzo, la gran preocupación de toda su vida gira en torno a la búsqueda de una respuesta esencialmente ética, hasta el extremo de considerar toda su obra una filosofía moral fundada sobre la observación de los hechos que se producían en el sindicalismo revolucionario. A «una revolución integral en las ideas y los corazones» tiende, en última instancia, según la expresión proudhoniana (87).

Sorel, en efecto, no sólo estima que el problema ético no puede ser dejado de lado como una antigualla, sino que, desde cierto punto de vista, los juicios morales suponen la base de todo el movimiento histórico. «Las apreciaciones morales —afirma— juegan un papel capital en la lucha en los órdenes antiguos y en la lucha de las clases modernas» (88). Al considerar —según la concepción revisionista que del marxismo adopta— que la transformación social no se produce de un modo fatal, el socialismo, en consecuencia, tampoco llegará fatalmente a triunfar. Es preciso, pues, que los elementos intelectuales y morales no falten en el proletariado, que las condiciones intelectuales y morales de la sociedad permitan dirigir el movimiento socialista hacia este fin. Pero es que, además, la noción misma de interdependencia de los fenómenos que constituye el fondo del materialismo histórico hace evidente que ninguna transformación económica puede realizarse si los trabajadores no han adquirido un grado superior de cultura moral; el progreso moral del proletariado es tan necesario como el progreso material del utillaje a fin de lograr que la industria moderna alcance siempre el nivel más elevado que la ciencia tecnológica permita alcanzar. «Es en razón de los valores morales necesarios para perfeccionar la producción por lo que ella [la *nouvelle école*] tiene una preocupación considerable por la ética» (89).

No obstante Sorel observa, tras analizar y completar la clasificación que de los valores morales realiza Nietzsche, que la moral de su tiempo continúa siendo una moral de consumidores por la que se considera al trabajador como un receptor de órdenes, al que se le comunica un aprendizaje y se le trata

(86) Op. cit., pág. 94.

(87) PROUDHON: *Correspondance*, tomo XIV, pág. 192, citada por SOREL: *Les illusions du progrès*, pág. 380.

(88) *Etudes sur Vico*, cit., pág. 797, nota 1.

(89) *Reflexions...*, cit., pág. 345.

como instrumento pasivo que no tiene necesidad de pensar. «El sindicalismo revolucionario sería imposible si el mundo obrero debía tener una tal *moral de débiles*» (90). Y la ausencia total de preocupaciones éticas en los marxistas ortodoxos y reformistas parlamentarios es lo que le sitúa frente a ellos, ausencia que justifica: en los primeros, por una comprensión falsa y demasiado estrecha del materialismo histórico; en los segundos, por la superstición democrática que los arrastra a luchar, sobre todo, en el terreno electoral y parlamentario.

Es preciso, pues, crear una nueva moral: la moral de los futuros productores sin la cual no se puede concebir la formación de una sociedad de hombres libres. Una moral incompatible con la pretensión de jugar el bien y el mal según un código inmutable y preestablecido, obtenido por el trabajo de la imaginación —«hacer descender la moral sobre la tierra, desembarazarla de toda fantasía. no es negarla» (91)— pero no determinada por la condición económica. La moral del hombre libre · del productor libre—, la que ha de preparar el trabajo del futuro, es una moral caracterizada por la *infinidad de su querer* (92), que hace posible la idea del progreso indefinido, por una preocupación creciente de exactitud en el trabajo y de probidad en su ejecución. «Este esfuerzo hacia lo mejor que se manifiesta a pesar de la ausencia de toda recompensa personal inmediata y proporcional, constituye la *virtud secreta* que asegura el progreso continuo en el mundo» (93).

¿Dónde encontrar las raíces de este perfeccionamiento moral? Sorel se interroga sobre la necesidad de conocer si existen fuerzas de entusiasmo capaces de combinarse con la moral del buen trabajo, de forma que ésta pueda adquirir la autoridad precisa en orden a conducir la sociedad en la vía del progreso económico, venciendo los obstáculos que la rutina, los prejuicios y la necesidad de goces inmediatos oponen.

Parte para ello de la consideración según la cual las altas convicciones morales no dependen de razonamientos o de una educación de la voluntad individual, sino de un estado de lucha en el que los hombres acepten participar y que se traduce en mitos precisos. «Fundo la moral de los productores, no sobre una educación estética transmitida por la burguesía, sino sobre los sentimientos que desarrollan las luchas entabladas por los trabajadores contra sus amos» (94). Sorel observa que, en nuestra vida moral, los sentimientos en que se unen el placer y el dolor, en una profunda combinación, ejercen una influencia considerable. A estos sentimientos pertenece «lo *sublime*, que

(90) Op. cit., pág. 367.

(91) Prefacio a *Essais sur la...*, de ANTONIO LABRIOLA, cit., pág. XVI.

(92) *Réflexions...*, pág. 378.

(93) Op. cit., págs. 384-385.

(94) Op. cit., pág. 54.

no es sólo un sentimiento estético y que, todo el mundo conviene en ello, toca muy de cerca a la moral» (95). Sólo hay, pues, una salida: despertar en el fondo del alma un sentimiento de lo sublime en relación con las condiciones de una lucha gigantesca, hacer surgir en primer rango el orgullo del hombre libre. Como apunta Pierre Angel, la concepción ética soreliana, comprende: de un lado, «el estado de guerra en la espiritualidad íntima como excitador de introspección profunda y confirmación de convicciones morales»; de otro, «la lucha violenta y jerarquizada en lo colectivo como creadora de solidaridad y de valores sociales» (96).

Pero la mejora moral sólo puede venir de formas constituídas en la práctica diaria, y en su tiempo sólo existe una fuerza capaz de producir este entusiasmo sin el cual no hay moral posible: es la fuerza que resulta de la propaganda en favor de la huelga general. Es esta huelga general la que, rejuvenecida por la violencia, provoca un estado de espíritu épico y un progreso continuo en la producción, exaltando la individualidad de la vida del productor e impidiendo que éste se convierta en un peón.

Sorel penetra, de este modo, en el ámbito de la historia real, en la interpretación de los hechos, en las evaluaciones éticas del movimiento revolucionario. «La situación no debe ser considerada desde el punto de vista de las transformaciones materiales, que no podemos prever. *El socialismo es una cuestión moral* en el sentido de que aparta al mundo en un nuevo modo de juzgar todos los actos humanos y, para emplear una célebre expresión de Nietzsche, una nueva evaluación de todos los valores... no sabe si podrá, ni cuándo podrá, realizar sus aspiraciones actuales, porque el porvenir cambia lo mismo nuestras ideas morales como nuestras condiciones económicas; pero se sitúa ante el mundo burgués como un adversario irreconciliable, amenazándole de una *catástrofe moral* más aún que de una catástrofe material» (97). Una renovación de esta índole sólo es realizable por una clase que trabaje en la sombra y que se aleje del mundo burgués, como el proletariado. Es en el movimiento obrero donde Sorel encuentra a los verdaderos revolucionarios, a los que «ponen toda su confianza en los movimientos de masas» (98) y que se sitúan frente a la superstición burguesa de los grandes hombres y en contra de los intereses del socialismo político, que querría dirigir la revolución de modo que transmita el Poder a una nueva minoría. Y son las virtudes que nacen del movimiento obrero las que pueden salvar la civilización por eliminación total de la clase burguesa.

MARINO DÍAZ GUERRA

(95) *La Science et la Morale*, cit., pág. 19.

(96) P. ANGEL: *Essais sur Georges Sorel*, París, Rivière, 1936, pág. 130.

(97) Prefacio a *Formes et essences...*, cit., pág. XLII.

(98) *Réflexions...*, pág. 351.